

Un caso ilustrativo de Identificaciones Alienantes*

*Nelson de Souza***

Resumen

Mediante una exposición basada en viñetas y relatos tomados de un análisis, se intenta dar cuenta del descubrimiento en el paciente –un adolescente con patología grave– del fenómeno conocido como identificaciones alienantes.

Se hacen algunas consideraciones metapsicológicas en cuanto al tema a la vez que se le ilustra con estas referencias clínicas, que buscan aportar algunas consideraciones para discutir en torno a un asunto tan difícil por ahora, que tiene estrecha relación con lo que conocemos como transmisión transgeneracional.

Luego de una introducción histórica, que no pretende ser analítica, pero que prepara la comunicación, se ilustra la materia a través de los fragmentos del caso referido. El paciente es un adolescente que queda atrapado en este tipo de identificaciones cuyo referente está en un modelo que es objeto de transmisiones transgeneracionales. Y que se estructura en una situación de trauma social y violento producido en circunstancias desgraciadas para toda la humanidad.

Se intentan plantear algunas preguntas con la finalidad de aportar a una búsqueda, ciertamente parcial, de comprensión teórica del fenómeno, revisando a propósito experiencias de autores nacionales y extranjeros.

* Esta es una nueva versión, modificada a los efectos de su publicabilidad del trabajo “La culpa por el miedo... o el miedo a la culpa” que fue presentado en APU el viernes 30/7/99. Está también enriquecido por haber sido revisado luego de la discusión a que dio lugar en esa instancia. A propósito quiero agradecer a quienes aportaron sus opiniones en ella: Isabel Plosa, Pilar de la Hanty, Silvia Sapriza, Sylvia Braun, Evelyn Tellería, Javier García, Silvia Flechner, Raquel Morató de Neme, Gladys Franco, Álvaro Nin, José E. De Los Santos, Mario Torres y a todos los que estuvieron presentes. Así también a quienes me hicieron llegar sus pareceres y sugerencias previamente: Ana Mana De Barbieri, Susana García, Abel Fernández y nuevamente José E. De Los Santos.

** Miembro Asociado de APU. Julio Herrera y Obes 977 ap. 704. E-mail: colmena@chasque.apc.org

Summary

By means of an exposition based on analytic headpieces and reports, the author tries to communicate a found on a patient –an adolescent with a serious pathology– that is characteristic known as alienates identifications.

Doing some metapsychologicals considerations about the theme, the paper illustrates with that clinical references, looking for to contribute with some ideas to promote a discussion around this difficult matter associated to the transgenerational transmission.

After an historical introduction, that doesn't claim to be analytical in spite of to prepare the communication, the matter is shown with that case fragments. The patient is an adolescent who is caught on this type of identification whose direct referent is a transgenerational transmission object structured on social and violent traumatic conditions, derived from the second war horror.

Some questions are formulated purposing to search at least some theoretic comprehension of the theme. The work examines, by the way, nationals and foreigners authors.

**Descriptores: ADOLESCENTE / TRANSGENERACIONAL / DELIRIO /
PSICOSIS / ANTISEMITISMO / NAZISMO /
IDENTIFICACIÓN / MATERIAL CLÍNICO**

Presentación

Considero importante destacar que toda referencia a un material clínico está confeccionada en base a un determinado recorte, fundado también en razones de confidencialidad. En este texto consideraciones vinculadas a la elección de una de las líneas que están en la base de su patología me llevan a mostrar al paciente de la manera que lo hago, él no solamente está en el personaje que aparece caracterizado en estas tres o cuatro referencias fragmentarias sino que, como siempre, el sujeto es mucho más que lo que se muestra en una presentación.

Si bien vamos a asistir a una conflictiva engarzada en la historia, el analista no pretende ser un relator de ella ya que esa es tarea de historiadores. Las alusiones que hago en ese sentido son simplemente introductorias a la presentación del caso,

considero que un análisis es otra cosa que la búsqueda de imágenes históricas o míticas, más allá de la inevitable historización que supone siempre.¹

Esta historia se inscribe en la de una familia que queda vinculada a uno de los traumas sociales más duros del devenir de la humanidad, producto de la violencia que sucede a partir de los acontecimientos que estuvieron asociados a la segunda guerra mundial.

Es un caso en que el paciente presenta una psicosis y me detendré en las identificaciones que son objeto de estudio en esta comunicación.

Su enfermedad, esta muid o sobredeterminada, por factores tales como: las primeras relaciones con los progenitores, el lugar que ocupa el sujeto en el orden familiar, la estructura-psicopatológica-de-ese-medio, los modos de transmisión de la cadena simbólica que va a ir conformando a los sujetos que protagonizan la trama de esta familia, las pautas de constitución de ese nuevo ámbito de significaciones que es la familia naciente, los deseos conscientes e inconscientes pre-subjetivos, etc.

Pienso que una psicosis necesita, para constituirse, por lo menos de tres generaciones, como ya ha sido dicho.

Es cierto que un paciente psicótico difícilmente pueda construir metáforas comparables.² Pero debemos ser muy cuidadosos y atender siempre a lo que el otro nos dice, nos muestra, escuchar lo psicótico y lo no psicótico que se expresará de maneras diversas en cada sujeto.³

No obstante es muy difícil distinguir en el contenido de la palabra de este adolescente lo que corresponde a lo intrasubjetivo, al discurso familiar y a lo transmitido transgeneracionalmente a través de él como integrante de un grupo y de una memoria que trasciende lo estrictamente ajustado a su núcleo íntimo. Esto me hace pensar en la utilidad de un abordaje analítico familiar simultáneo, lo que hasta ahora no ha sido posible.

¹. Creo que a estos efectos resulta más rico el idioma inglés que, cuenta para referirse al tema, con dos palabras. History: account of past events affecting one or more nations or peoples, arranged in due order; branches of learning that studies past events. Y Story cuyo plural es stories, que refiere a: narration of real or imagined events. (Subrayado mío).

². Como dijo un colega durante la discusión del trabajo aludido en (*) el 30/7/99: “la capacidad de metaforización de un psicótico es muy diferente de la nuestra”.

³. Hace poco una colega que trabaja en el INAME me relató acerca de un niño de cinco años procedente de un ambiente muy carente que protestaba mucho por que ella, le “revisaba sus cosas”. Cuando le preguntó de qué cosas se trataba señaló su propia cabeza con las dos manitos.

Pienso que no es frecuente encontrar estas trazas identificatorias en los pacientes tan ligadas con una línea cuyos orígenes se detectan en acontecimientos traumáticos sucedidos tiempo atrás.

El tema interesa porque está relacionado con este fenómeno psicopatológico al que desde hace algún tiempo muchos investigadores están dedicando importantes esfuerzos.

Importa en este caso por todo lo que nos pueden inquietar los efectos de la violencia asociada a los acontecimientos con los que está comprometida la historia de la familia de este paciente, igualmente por toda la trascendencia que los traumas sociales y sus efectos contienen, por lo tanto por las consecuencias de lo sucedido durante las dictaduras que traumatizaron a nuestra región. Este adolescente nació en este tiempo, además es depositario de las consecuencias de traumas remotos.

Se me plantean muchas preguntas ante situaciones como la presente que se pueden ver en la clínica o fuera de ella.

¿Qué mecanismos de defensa están en juego en el secreto que tanto se guarda y que luego aparecerá actuado, repetido en un receptor involuntario de lo transmitido. Se trata de una desmentida?

Otra de las inquietudes por las que me interrogo es por qué en el paciente que protagoniza esta comunicación, el proceso identificatorio inconsciente tan particular (y patológico) emerge en la adolescencia. ¿Puede ser por la búsqueda de ideales propia de esta edad? ¿O será que la investigación de los orígenes obliga algunas veces a producir estos recorridos?

¿Es la adolescencia un período propicio para que este tipo de trayecto patológico tenga lugar?

¿Son estas identificaciones, que parecen tan siniestras, evitables o previsibles?

Por supuesto quedan muchas cuestiones más.

Introducción

Si bien en la Europa de fines del siglo XIX y comienzos del XX había un clima xenófobo y antisemita, éste no cobró una fuerza tan grande como a partir del ascenso de Hitler al poder en 1933. Con las leyes de Nuremberg de 1935 se oficializó la política nazi, así se fue legalizando la violencia contra los enemigos del régimen, pero

fundamentalmente contra quienes fueron considerados algo así como los enemigos étnicos: todos aquellos que tuvieran una gota de sangre judía.

Quienes se alzaron con el poder inventaron un delirio con un tema racial según el cual el pueblo germánico resultaba ser la raza superior, era algo así como una versión pseudocientífica de la convicción paranoica que tienen las naciones de estar integradas por los elegidos de Dios y con eso respaldaban los viejos prejuicios racistas⁴ apoyados, entre otras cosas, V desde un lugar examinado por Freud, en el “desprecio al castrado” – reacción ante la angustia de castración– que despiertan aquellos pueblos que practican la circuncisión entre sus rituales identificadorios.⁵

En realidad el sentimiento antijudío, tiene antecedentes desde tiempos muy remotos. Se intensifica con el crecimiento y la organización del cristianismo, y a partir de la fundación de la iglesia católica comienzan a producirse graves atropellos.⁶

En toda la historia de la humanidad sucedieron actos genocidas plenos de horror (las cruzadas, la conquista de América,⁷ la inquisición europea, etc.) Pero lo que hace al crimen perpetrado contra los judíos europeos durante el período que corrió entre 1933 y 1945, un hecho “históricamente único”⁸ es que nunca antes un estado había decidido matar a un grupo específico de seres humanos contando con todo el aparato represivo de la potencia más fuerte del mundo y en forma oficial justificándose con razones pseudocientíficas y pseudopolíticas. También con el silencio cómplice de todo el entorno de naciones europeas que intentaban así “salvar la paz mundial”!⁹

El 12 de noviembre de 1938 sucedió en Berlín la tristemente recordada “noche de los cristales rotos”. Esa fue la fecha de comienzo del período de oscuridad más extenso del siglo, y estamos a sólo 60 años de este episodio prólogo del holocausto.

Freud recurrió a determinadas ficciones históricas que otorgaban un antecedente “real” a piezas básicas del psiquismo humano. El asesinato y la devoración del padre de

⁴. Quiero aclarar que personalmente no creo en las diferencias de razas dentro de la especie humana.

⁵. Dice el sacerdote católico L. Pérez Aguirre: “Pablo de Tarso es enviado a predicar la Buena Noticia a los pagano/cristianos, aquellos convertidos venidos del mundo pagano impugnan la obligación de la circuncisión. Dicho ritual tenía un fundamento de fe para los judíos y constituía una práctica esencial en su vida. Minimizar esta cuestión sería reducir injustamente el aporte específico a la Iglesia naciente de las comunidades fundadas por Pablo”. (“La salvación viene de los judíos” Brecha 3/4/98.)

⁶. En 1998 el Juan Pablo II reconoció las agresiones que la iglesia había perpetrado históricamente en perjuicio de la colectividad judía llamando al arrepentimiento.

⁷. Dice Fray Bartolomé de las Casas que entre los años 1498 y 1504 en las islas del Caribe adonde había comenzado la conquista murieron en forma atroz tres millones de indios. (Brevísima relación de la destrucción de las Indias, Eudeba, 1966, Bs. As.

⁸. Wolfgang Sofsky, en: Diálogo. Violencia, terror y persecución. Revista de la IPA Vol. 8, N° 1, 1999, págs. 25 a 28.

⁹. Marcos Aguinis. Entrevista realizada en el programa “En Perspectiva”. Radio “El Espectador”. Set. 1998.

la horda primordial, los efectos de las glaciaciones etc., “acontecimientos” ocurridos en un tiempo “anterior” que serían los antecedentes remotos (“primordiales”) de fenómenos tales como el complejo de Edipo, la presentación en dos tiempos de la sexualidad, y otras características propias de la especie. Hoy podemos encontrar en la historia hechos que sacuden la condición humana¹⁰ por que tienen derivaciones que incidirán en la organización mental de los sujetos integrantes de los grupos que los viven. Esa comunidad no podrá evitar que en la transmisión psíquica individual tales eventos traumáticos provoquen graves efectos.

Algo muy difícil de comprender, es que lo que estaba pasando no era ignorado por los pueblos de Europa como quisimos creer. Existen documentos gráficos que muestran carros alegóricos desfilando por calles de Colonia en 1934, o en Nuremberg en 1936 que portaban motivos alusivos junto con leyendas e inscripciones tales como: “Camino a Dachau”, con hombres disfrazados como judíos con vestimentas carcelarias. El odio manipulado desde el poder e instalado en las pasiones de los partidarios de los regímenes racistas fue también un acontecimiento traumático suficiente.¹¹

A partir de esos hechos (desde la fundación del partido nacional socialista alemán en 1919, pasando por la asunción de Hitler al poder absoluto en 1933, hasta la aprobación de las leyes de “protección de la sangre alemana y el honor” en 1935)¹² todos los judíos en Europa tenían la suerte sellada. La persecución y la cacería se intensificó hasta extremos inusitados.

Primero fueron despojados de sus ya escasos derechos, luego de sus pertenencias, e inmediatamente debieron ser identificados, concentrados y simultáneamente acarreados hacia “trabajos forzados” en campos que, todos sabemos, serían realmente de exterminio. En Alemania e Italia, los dos países que detentaban los regímenes extremos, pero luego en Polonia¹³ y en los demás estados vecinos en los que se iba imponiendo el poder y la barbarie nazifascista.

¹⁰. Como también sucedió entre 1864 y 1870 con la matanza de más de un millón de paraguayos, resultado de la guerra que la triple alianza (Uruguay, Brasil, Argentina) emprendió contra ese pueblo, o después a propósito de la destrucción de Hiroshima y Nagasaki por las bombas atómicas norteamericanas.

¹¹. “La turba pone frente a si a los cabecillas que le allanen el camino y mantengan el movimiento en marcha” W. Sofsky, Op. cit. p. 26.

¹². “El crimen es una invención de la ley”. W. Sofsky, Op.cit. p. 25.

¹³. En donde instalaron la mayor cantidad de estos campos.

Auschwitz, Dachau, Bergen-Belsen, Oraniemburg, Treblinka... son algunos de los nombres del horror que quedarán grabados en la memoria de la humanidad.

La pre-historia de Martín

En este último campo de exterminio estaba Don José, judío polaco que cuando iba a ser ejecutado fue retirado por un oficial nazi de la fila que desembocaba en el baño de gas mortal. Lo tomó para su servicio personal, limpieza de su ropa, de su oficina, lustrado de sus botas.

Antes de la guerra y luego de sus estudios secundarios completos, había comenzado a asistir a su padre, que era un próspero comerciante en Varsovia de donde era oriundo y adonde había crecido en una familia con cuatro hermanos. Tenía 36 años cuando los nazis irrumpieron violentamente, él es el único sobreviviente. Fue trasladado por ese militar de nuevo a Varsovia donde vivió bajo su “protección”, de esta manera escapó a una muerte segura. Cierta tarde del año 1941 cuando se hallaba lustrando las botas de su “patrón” vio a viejos amigos de sus padres marchar al terrible destino y al parecer fue a su vez visto por ellos. Sintió un frío que le atravesó la espalda, el corazón comenzó a latirle aceleradamente, un intenso dolor le apretó el vientre, tanto que debió agacharse y así se retiró del campo visual de los condenados a quienes no vio más. Nunca olvidó esa sensación, ese dolor que a partir del vientre le recorría todo el pecho, él le daba un nombre sin sutilezas decía que eso era miedo.

Al parecer fue en el correr del mismo año que pudo escapar en un episodio que sus descendientes intentaron reconstruir. Había sido ayudado por una organización vinculada a movimientos de resistencia y embarcado en una nave brasileña llegó a Río de Janeiro para luego trasladarse a Montevideo adonde se asentó en el Barrio Sur.

Aquí pudo recuperarse, construyó su familia, y pudo tomar distancia de aquel miedo, del que sólo quedaba como resto, según el relato de sus descendientes, un intenso hábito de fumar que era sentido por él como una necesidad. Una de sus dos hijas, la mayor como esperaba, le dio un nieto varón, algo muy celebrado de modo que a partir de 1974 se le escuchaba decir: “ahora me puedo morir tranquilo, ya hay un descendiente mío, alguien que me va a continuar”.

Martín, efectivamente, nació al poco tiempo de producirse el golpe de estado en el Uruguay, su nombre lo había elegido el abuelo; no se sabe muy bien si lo había tomado de uno de los hombres que lo rescató de los nazis o, algo que sospechan algunos familiares, era el nombre del oficial para quien sirvió en Varsovia, aquel que lo retiró de la fila de los condenados a muerte en Treblinka.

De todos modos para el brit (circuncisión) fue Moisés, como el patriarca que guió al pueblo de Israel a la tierra prometida.

Esos primeros años del niño fueron felices, pasaba muchas horas del día junto a su abuelo quien le enseñaba historias hasta en idiomas europeos.

Martín

En agosto de 1992 recibo la llamada de un psiquiatra amigo que me pregunta si tengo horas libres porque quiere derivarme un adolescente, al parecer psicótico, que ha tenido un primer recorrido terapéutico en un tiempo más temprano y ahora ha pasado por el consultorio de dos colegas no pudiendo abordar un nuevo tratamiento pues luego de cuatro o cinco sesiones abandonaba. Según los dichos del psiquiatra el chico estaba, en ese momento, atravesando una depresión importante, hacía un año que no salía de la casa, permaneciendo la mayor parte del tiempo en cama, tampoco tenía amigos. Acepto, y quedo a la espera del llamado correspondiente.

Me llama la madre, señora con un hablar avasallante con el que trasmite una desesperación por lo que le está pasando a este hijo, pero además se desprende de su tono de voz que está enojada, le doy cita para dos días después.

En la entrevista me encuentro con padres relativamente jóvenes, él con la tez tostada por el sol, aun cuando estamos en invierno, sumamente atildado, muy bien vestido, transmitiendo una importante preocupación por lo que está sufriendo el hijo en una mezcla de incomprensión, (“yo no sé por qué le pasa esto”) y de solidaridad distante (“a mí me parte el alma que él viva así”). Por otro lado manifiesta no estar muy dispuesto a seguir probando, “ya pasó por varios tratamientos y fue cada vez peor”. La madre llora pero presenta contradictoriamente un talante enojado, está efectivamente furiosa con su hijo: “cómo puede ser que nos haga esto a nosotros que nos desvivimos por él, además si yo trato de corregirlo me insulta, me dice cosas horribles” o “yo siempre lo ayudé en la escuela, en el liceo y nunca me respondió”.

Debo decir que el discurso de la madre es algo incoherente, con una estructura muy particular, de tal modo que su esposo interviene algo molesto y me advierte que ella “habla mucho”. A veces salta de unas significaciones a otras que manifiestamente no están del todo vinculadas con la cadena de la conversación, por ejemplo ante mi pregunta de cómo encuentra a su hijo (obviamente referida a su padecimiento), contesta: “precioso, va a ver que lindo que es mi hijo”.

Al abrir la puerta del consultorio me encuentro con un joven gordito de cara triste, enfundado en un gabán muy grande con el que casi se oculta, presenta un rasgo que se destaca intensamente, tiene una abundantísima cabellera de estilo “african look”. Sus modos de expresión verbal y gestual no se corresponden con su edad cronológica (18 años). No está de acuerdo en comenzar un tratamiento, pues vio a otros psicólogos que “eran unos nabos que no me daban pelota” pero probaría, porque está desesperado pues le está pasando algo horrible: “se me está cayendo el pelo y muy pronto me voy a quedar totalmente pelado”, aun cuando me advierte que este no es un problema para tratar con un psicólogo ni con un psiquiatra y además su desenlace es inevitable: “mira, ya me estoy quedando bastante pelado”.

En realidad tiene una cabellera frondosa, tupida, enrulada y acolchonada, lo que permite confirmar que su sufrimiento no tiene un soporte material, por lo que se debe entender que el pelo entra en una equivalencia simbólica.

Luego de una prolongada entrevista acepta comenzar el tratamiento.

Había estado en terapia tiempo atrás, siendo un adolescente temprano y luego ante este empuje delirante, sus padres recurrieron al psiquiatra que lo derivó y asumió su tratamiento médico.

Quiero aclarar que Martín a pesar de sus características psicopatológicas, es antes que nada un adolescente. El hecho de que encontraremos en él determinada estructura, o un padecer con cierta conformación no oculta el tránsito por conductas características de esta edad.

Primeras sesiones

Por los antecedentes y por las primeras sesiones entiendo que va ser una tarea realmente difícil. Para ganarme la confianza del paciente y que no abandone inmediatamente como lo hizo ya en otras oportunidades debo jugar con él, entrar en una mezcla de juegos verbales y no sólo verbales tales como un fútbol con pelotas imaginarias, asistir a relatos de partidos, también imaginarios, en los que el es el relator y yo un “radioescucha”, permitirle que haga gimnasia en el consultorio. A veces charlo con él casi como un par y fundamentalmente veo que debo darle un soporte a su desesperación por su problema, pues lógicamente sería en vano intentar negarlo. El me muestra la cabeza, abriendo el cabello con sus dedos y me dice: “mira los claros que voy

teniendo”. No veo, por cierto, lo que el dice, le respondo con interjecciones tales como: ah!, o... pah!.

Durante meses el juego se alternó con su depresión. Se recostaba en el diván, pero no en posición tradicional de análisis, sino boca abajo mirándome, muchas veces llorando: “estoy destrozado, hoy se me cayeron 13 pelos en el baño, los conté”. Culpaba a sus padres por que le habían dado el dinero para que se hiciera un tratamiento estético capilar.

En algún momento comentando el caso con colegas llegué a pensar que podíamos estar ante un caso de alucinación negativa.

Después de un tiempo de quejas, que se prolongaron con otras de corte hipocondríaco (tener mucho miedo ante un dolor que sentía en un ojo en el que hacía más de dos años otro joven le había propinado un golpe por que él había mirado a su novia, o llegar casi a aterrizar por toda sensación que él interpretaba como dolor en el pecho, creyendo que iba a morir de un infarto –no podía pronunciar las palabras infarto o muerte– lo que me transmitía por escrito) comenzó a explicar que la razón de su miedo a quedar pelado era que si eso llegaba a suceder se parecería a un nazi y lo iban a confundir, denunciar y castigar.

En los primeros tiempos del tratamiento el pelo se revelaba como un organizador de su identidad y hasta de su existencia, tanto que también a nivel del Laboratorio había surgido otra hipótesis, se llegaba a pensar que el pelo era para él equivalente de buena clase o raza, o algo así.

¿Lo transgeneracional?

Periódicamente nos reuníamos con sus padres, que hablaban de distintos aspectos de la vida de Martín. Fue en estas reuniones que me fueron contando lo que relaté bajo el subtítulo la pre-historia de Martín, en el que intenté reconstruir, de acuerdo a lo que me refirieron ellos y el propio paciente, la historia de su abuelo materno.

Hubo en estas comunicaciones, por parte de los padres, una mezcla de alivio por la salvación de Don José, con cierta vergüenza (que advertí en la madre) que no pude entender en el momento y me llevó a pensar luego que yo podía estar equivocado en la comprensión de los afectos transmitidos por ellos. Pregunto si Martín conoce esta historia y me contestan que sí.

Los padres desconocían totalmente que el motivo central actual del temor de su hijo era que podía parecerse a un nazi. Pero el giro que va a tomar el análisis revelará que debían existir preguntas no formuladas, quizás no pensadas siquiera, que promoverían juicios que quedaban omitidos.

Al cabo de trabajar durante mucho tiempo con el tema de la “caída del cabello” y alrededor de la ecuación que se establecía en la mente del paciente: calvo = nazi (en ese momento la prensa hacía abundantes referencias a los “skin heads” –cabezas rapadas– que integraban bandas neo-nazis, además para Martín los nazis eran rubios y según él ser calvo se puede confundir más fácilmente con ese color de pelo) el paciente llega sorpresivamente con el pelo rapado. Yo no sabía como interpretar esta actuación y ante una casi exclamación mía, que lo interrogaba por lo que había hecho él respondió que se había hecho un corte a lo “preso”.

A partir de allí su profunda angustia comenzó a mitigarse lentamente hasta que empieza a hablar de su historia personal.

Sesión de la foto

Relata que su infancia fue feliz, salvo que no le gustaba estudiar aún cuando había aprobado todos los años escolares y liceales con buenas notas. El problema más difícil estaba en la exigencia de su madre quien le tomaba las lecciones y lo obligaba a hacer resúmenes permanentemente. Recuerda que era tratado por ella como burro y mongólico, y que él se sentía así, sobre todo en la comparación con sus hermanos.

Comienza a traer fotos de su infancia en las que aparece como un niño feliz, queda muy orgulloso cuando trae el álbum de su Bar Mitzvá y me muestra las páginas cargadas de imágenes en las que, de acuerdo a lo que me dice, los rubios son los familiares maternos y los morochos (él les dice “negros”) los paternos. A partir de allí hará toda una clasificación por la cual los rubios, lindos, familiares de su madre (él se les parece) son buenos y los “negros”, feos, familiares de su padre, malos.

Poco tiempo después me cuenta la historia del abuelo que se salvó de los nazis, de quien dice que sufrió mucho pues se tenía que cuidar de los cristianos –los nazis eran cristianos– y de los propios judíos quienes podían delatarlo como traidor. Para salvarse debió hacer tareas de servicio: “les lustraba las botas a los nazis”.

Hasta que un día concurre con un paquete que cuando lo desenvuelve muestra un cuadro en el que se encuentra una foto de Don José detenido sosteniendo un número,

que apoyaba en sus piernas que, pienso, sería el número de prisionero. Martín se sienta en el diván, frente a mí, y sostiene el cuadro apoyándolo en sus piernas.

Realmente el parecido entre él y su abuelo es asombroso, pero lo más sorprendente es la escena ante la cual yo recordé inmediatamente esas pinturas que repiten el tema telescopadamente, una adentro de la otra, era como una figura duplicada especularmente. La primera sería Martín con el cuadro sobre sus piernas, la segunda, que estaría incluida en la primera, el abuelo sosteniendo el número sobre las suyas. Por supuesto que el abuelo está rapado.

Cuando me repongo del impacto que me produce este momento de la sesión le pregunto a Martín por el número que tiene el abuelo y me contesta que es su número “de preso”.

Pienso entonces en lecturas de autores que refieren a la transmisión de la vida psíquica entre generaciones, Kaës, Faimberg, Baranes. En nuestro medio, Silvia Sapriza afirma: “*en la medida en que (el sujeto) se somete a la historia de otro*”.¹⁴

Así se habla entonces de identificaciones alienantes que, según Faimberg son “*mudas, inaudibles*”... “*sólo comienzan a ser observadas y detectadas en un momento clave de la transferencia*”... “*son descubiertas (...) a través de una historia secreta del paciente*”... “*el objeto de identificación es un objeto histórico*”...

“Este tipo de proceso de identificación condensa una historia que, al menos en parte no pertenece a la generación del paciente”. Ella llama “*a esta condensación de tres generaciones, telescopaje generacional*”.

Pienso, entonces, que hubo una situación traumática que no pudo ser metabolizada a nivel familiar, por lo que algo quedó desmentido no pudiendo circular y entonces vuelve repitiéndose en forma de identificación en el drama de Martín. Esto dará como resultado una resucitación de Don José repetido como un sujeto lleno de miedo y sintiéndose culpable permanentemente.

Pero ¿qué es lo desmentido? aquí el sujeto sabe lo que pasó, a él le fue transmitida la historia del abuelo, aunque quizás no en todos sus detalles. ¿Cuál es el secreto? ¿Qué cosas no se pudieron decir?

Es muy difícil responder con acierto pero a partir del muy importante sufrimiento del paciente cuyos afectos –**miedo y culpa**– son mostrados por momentos con gran

¹⁴. Sapriza, S.: Lo transgeneracional y las identificaciones alienantes. En RUP N° 77, 1993, pp. 57 a 71.

desasosiego, es dable pensar que lo excluido de la conciencia mediante un violento mecanismo defensivo debe ser algo cargado con este tipo de mociones afectivas.

Ahora bien la desmentida (*déni de la réalité*) apunta siempre a un hecho que está en la realidad, a una percepción que resulta intolerable. ¿Es posible desmentir un afecto? No lo es, entonces, en tal caso ¿lo desmentido podría ser otro contenido de la misma realidad? El terrible episodio vivido por el abuelo se transmitió en una versión que fue la oficial, por la cual todos se sintieron aliviados y felices por la salvación, pero probablemente existieran otros relatos (secretos, ocultos, imposibles de ver) no conscientes, o no del todo, de esa misma realidad que estaban cargados con distintos afectos distintos de los mencionados como alivio y felicidad.

Ya en el discurso de la madre, en las entrevistas mencionadas, podía asomar a mi comprensión otro sentimiento que interpreté en aquel tiempo como vergüenza pero que no podía comprender bien, entonces se podría corresponder con otra imagen del mismo hecho que era rechazada violentamente de la conciencia?

¿Y las preguntas omitidas, apartadas? Estas no se pueden formular, están fuera de la cadena simbólica de transmisión.¹⁵ Aquí hay algo que no se puede decir porque es del orden de lo impensable, no estaría representado, quedando por lo tanto, totalmente disociado.

Es Octave Mannoni¹⁶ quien aplica la desmentida a aspectos de la realidad percibida, que por impugnada quedaría como no registrada, es lo que sostiene en la famosa fórmula: “*lo se pero aún así*”. En cambio Rosolato la conceptualiza como “*una manera original de situarse conjuntamente ante la percepción, la realidad y las construcciones imaginarias de ésta.*”¹⁷

Recuerdo ahora una vieja película japonesa –“*Rashomon*”– en la que tres personas hablaban de un crimen y las tres daban versiones muy diferentes que la película recorría en imágenes, tan diferentes que era imposible saber cuál era la que se correspondía con la realidad efectiva.

Las versiones que pueden ser infinitas y no necesariamente se debe corresponder una con cada sujeto, pues cada uno puede tener muchas (¿también infinitas?), no son más que construcciones imaginarias de la realidad o acerca de la realidad. Más aún, yo creo

¹⁵. En este sentido recibí un rico comentario de Susana García.

¹⁶. Mannoni, O: “La otra escena, claves de lo imaginario”, Amorrortu Editores, 1979, Bs. As.

¹⁷. Rosolato, G, en “Le désir et la perversion”. Aulaguier, Clavreul, Perrier, Rosolato, Valbrega. Éditions du Seuil, Paris, 1967.

que sobre la misma hay varias construcciones imaginarias siempre, excepción hecha de los pocos momentos en que lo simbólico aparece y nos constituye como sujetos, tiempos privilegiados de la palabra.

Me pregunto por tanto: cuando se hablan, o se muestran, aún cuando se ocultan acontecimientos de una “historia” familiar –referencias que se erigen en este caso como fundadoras– ¿no se estarán desmintiendo siempre una o varias de las otras tantas “historias” porque resultan intolerables para el grupo comprometido?. Y si es así, ¿cómo juegan los afectos que despiertan cada una de las versiones posibles para que se ponga en funcionamiento un mecanismo tal? ¿No es ésta una forma de transmisión que subyace a todos los mitos familiares?

Quizás ahora deberíamos referir al papel de los afectos en la puesta en marcha de la defensa, en definitiva Freud al escribir Inhibición Síntoma y Angustia creó un modelo típico para el movimiento defensivo del sujeto, que sigue la secuencia: angustia-represión, la angustia es el motor de la represión que nos permite evitar o salir del peligro. Pero ¿no hay aquí un modelo para todo tipo de defensa?. El mecanismo no puede ponerse en juego si no hay un afecto que lo promueva, que lo llame, en definitiva se trata de salir de ese afecto o evitarlo, buscar no ser traumatizado, dañado por él.

La desmentida es también un mecanismo de defensa.

Pero consideremos la posibilidad que también se pongan en funcionamiento otros mecanismos: ¿Qué es lo desmentido y que se transformó, en esta historia, en secreto familiar y no pudo ser adecuadamente procesado? ¿Se tratará acá de una desmentida o será otro el mecanismo en juego?.

Silvia Gomel¹⁸ se pregunta: “*¿Es factible modelizar ciertas cuestiones ligadas a la psicopatología en su articulación con lo transgeneracional, como modos de retomo de lo que fuera apartado a nivel de la trama –retornos de lo reprimido, lo desmentido o lo rechazado– a manera de estratificaciones de niveles diferenciales de funcionamiento vincular?*”.

Estas preguntas me llevaron en consecuencia a reunirme nuevamente con los padres, les pregunté si lo que había pasado con el abuelo pudo haber sido interpretado con algún sentimiento de culpa. El padre reaccionó enérgicamente diciéndome que “de ninguna manera. Don José fue un hombre maravilloso que hizo cuanto pudo, fue un ejemplo,

¹⁸. Miembro fundador del Departamento de Psicoanálisis de Familia de la Asociación Argentina de Psicología y Psicoterapia de Grupo, en: “Transmisión Generacional, familia y subjetividad”. Lugar Editorial, Bs. As. 1997.

nunca podríamos interpretar lo que le pasó como **traición**". La madre permaneció callada y sollozando.

Luego me di cuenta que lógicamente estas cosas no podían ser pensadas como yo las preguntaba, mi intención estuvo cargada de una ingenuidad bastante torpe.

El sueño

Luego de debilitado el tema del pelo, aparecieron otras ideas fijas pero que no tenían la misma fuerza. El venía a las sesiones, conversaba conmigo el tema de turno que le hacía sentir miedo y culpa a la vez y bastaba con que yo dijera algo que lo calmara para que se aplacara su ansiedad y el tema cambiaba por otro mas distendido. Generalmente la idea fija giraba en torno a su condición de judío y sus diferencias con los cristianos sintiéndolas como desventajas para él, por supuesto que en muchas de ellas estaba representada la circuncisión, a veces me decía: "¡Qué suerte que tienen ustedes, ¿eh?!"

Mis intervenciones lo aliviaban como si yo fuese alguien que desde un lugar de mucho saber y poder le aseguraba que nada le iba a pasar, algo así como si le diera una bendición. El se sentía muy bien concurriendo a mi consultorio pues decía que conmigo aprendía mucho, aprendía a "dominar la cabeza". Era un tiempo en que trabajábamos dentro de una transferencia claramente idealizada.

En estas sesiones voy entendiendo que Martín siente que está condenado a trabajos forzados, su madre interfirió con sus estudios lo catalogó siempre como "burro" y lo condenó a cargar bultos para siempre (es la tarea que él hace, y que a veces llama "trabajos forzados", aunque no quiere hacer otra cosa) con la complicidad del padre, de esta forma ella se libra de la culpa por la traición del joven Don José a quien castiga, pero como podemos ver Martín no. Todo intento de ser otro, de ser un sujeto diferente parece alejarlo de los sentimientos de miedo y culpa.

Fantasea con ser otro: "Si me sacara el cinco de oro me compraría una casa en el interior, bien lejos, una casa con un fondo bien grande adonde yo pudiera hacer una cancha para jugar al básquetbol".

Hasta que llega a proyectar una posible separación de su núcleo familiar, me cuenta que un hermano del abuelo paterno está peleado con el resto de la familia y vive en el interior, comienza a planear irse a vivir con él. Trae al padre a una sesión en que le propone esta posibilidad. Este promete pensarlo pero después el tema cae en el olvido. Me voy dando cuenta que lo que busca, un poco bizarramente, es alejarse de sus padres

para escapar a lo que lo hace sentir ocupando ese lugar tan complejo, cargado de sentimientos que lo alienan.

En medio de este clima llega una sesión en la que me cuenta que tuvo un sueño que lo dejó muy impresionado, nunca me había contado sueños y nunca más lo hará después. El texto del sueño es el siguiente: se encuentra en un campo que está dividido por una alambrada muy alta, está del lado de afuera y la alambrada tiene una puerta en la que hay un cartel escrito en alemán. Me cuenta que la leyenda en cuestión decía algo así como “TRABAJO-HACER-LIBERTAD”, pero insiste que estaba en alemán. Pienso que por algo insiste y que si el cartel estaba en alemán el campo del sueño debería estar en Alemania. Esto me lleva rápidamente a pensar en la historia de Don José y trato de aplicar mis escasísimos conocimientos del alemán para poder visualizar el cartel.

Trabajo es *arbeit*, todos nosotros lo sabemos desde la lectura de las obras de Freud. Hacer debe ser algo así como *macher*, existen apellidos alemanes que contienen esa palabra como Shoemaker, literalmente hacedor o fabricante de zapatos o finalmente zapatero. No tengo ninguna referencia para libertad, me surge rápidamente la representación del significante inglés: *freedom*, no debe estar muy distante el correspondiente alemán. En momentos en que estoy haciendo estos recorridos mentales caigo en la cuenta que la leyenda quiere decir: “El trabajo hace libre” entonces entiendo, porque inmediatamente recuerdo casi con un frío que recorre mi espalda, que en la puerta de Auschwitz había un cínico cartel que decía: “EL TRABAJO DIGNIFICA”.

Más tarde buscando en libros de historia que hablan de ello encuentro la verdadera versión alemana: “ARBEIT MACHT FREI”.

Una vez que descubro este significado con gran sorpresa y con una sensación de miedo que siento en el cuerpo pronuncio ese texto con tono interrogativo. Martín rompe a llorar y dice “yo tendría que estar del lado de adentro, pero estaba afuera”.

La sesión cobra un tono emocional muy intenso, cuando logro recobrar me de lo que estaba sintiendo le pregunto si sabe el significado de la leyenda del cartel. Dice que no, pero que tiene que ver con algo del trabajo y que es su padre quien siempre lo está atormentando con que debe trabajar, que siente miedo cuando él lo acosa así, y me cuenta que una vez el padre lo tomó por el cuello por que no quería ir a trabajar,¹⁹ pensó que lo quería matar, sintió mucho miedo.

¹⁹. Martín trabaja en una empresa familiar.

En seguida en mi mente comienza a producirse un conflicto entre intentar trabajar algo del sueño y no hacerlo, decido decirle: “No te parece que en el sueño tu estás como si fueras tu abuelo, el alambrado divide el campo, del lado de adentro hay un campo de concentración nazi, y entonces tu abuelo está afuera, se salva.”

Martín responde llorando de nuevo: “Pero, entonces por qué voy a querer estar adentro? yo no quiero que a mi abuelo lo maten los nazis, a mí me parece bien que se haya salvado, sos un boludo, no sabes nada”. Queda enojado y termina la sesión. Yo termino totalmente agotado, no entiendo muy bien su respuesta.

En realidad Martín tiene razón, con los acontecimientos que se van a ir produciendo después, el sueño va a tener definitivamente otra lectura que seguramente va a ser mucho más adecuada. El, como el abuelo está afuera, pero querría estar adentro, correr la misma suerte de quienes están prisioneros, de esa manera no se sentiría culpable.

La mejoría

En el período que sigue a esta sesión Martín presenta una franca recuperación, comienza a construir un proyecto de vida diferente con expectativas y esperanzas, descubre capacidades en él, se dispone a aprender inglés, entabla vínculos con jóvenes de su franja etaria, sale los fines de semana, concurre a lugares de baile. Concreta citas con chicas y hasta llega a tener relaciones sexuales.

En esta dirección se insinúa un interés por las chicas, primero con timidez, luego inmerso en un conflicto más limpio, casi diríamos de tipo neurótico, entre el deseo (pulsional) y el temor. Sería verosímil plantearse que la mejoría consiste en que los aspectos neuróticos comienzan a ganar terreno por lo que su parte psicótica se va reduciendo o mejor dicho corriéndose del foco de la organización.

Le preocupa su imagen, y pone cuidado en su arreglo personal. Se está produciendo un cambio en la organización libidinal, sobre todo a nivel de un narcisismo que se ordena de tal manera que comienza a manifestarse más de un modo trófico podríamos decir, lo que le permite reconocerse mejor para insertarse en un mundo de relaciones personales. Comienza a prevalecer esta nueva identidad que Martín va adquiriendo.

A mí me parece que se está construyendo más libremente un sujeto adolescente con características ajustadas a este período, al tiempo que va alejándose de conductas extravagantes y preocupaciones excesivas que ocupaban casi enteramente su mente hasta ahora.

Todo esto se va a suceder en el período de un año y medio, luego del episodio relatado como el sueño que anuncia, entonces, un tiempo de notorios adelantos. Esto me permitió pensar en que se produce en el paciente un movimiento elaborativo que le permitió soñar y traer el producto onírico a la sesión analítica, a su vez eso alentó a un mejor procesamiento de los contenidos de sus aspectos psicóticos que así podían ir alcanzando ciertas transformaciones.

Algo muy importante es que sus temores –concomitantemente sus sentimientos de culpa– se presentan mucho menos en el discurso y en sus actos. Al mismo tiempo iba creciendo una oposición que se hacía cada vez más fuerte hacia sus padres y que podía ser interpretada como rebeldía propia de un período de separación-individuación.

Pero larvadamente primero y manifiestamente después el enfrentamiento con sus mayores se va haciendo cada vez más duro, hasta llegar a la violencia verbal. Va a ir ocurriendo un alejamiento de los valores e ideales de los padres que ellos no van a poder asimilar bien y en un primer movimiento lo van a desconocer para más tarde censurar y reprimir. Se producirán, entonces, choques violentos.

Los padres también van a dirigir sus quejas al análisis, en algún momento me acusarán de ejercer demasiada influencia sobre Martín. Ejercen presión para que el tratamiento reduzca sesiones, lo hacen de un modo especial pues lo persuaden, promoviendo en él una convicción muy fuerte de que están en una situación económica difícil y si él es agente de gastos importantes será responsable de una bancarrota, Martín siente esto con culpa y pide reducir la frecuencia del análisis.

Es en las postrimerías de este tiempo que concurre a una sesión con otro paquete. Me dice: “toma quédatelo vos, mis padres no se merecen tenerlo”. Lo desenvuelvo y me encuentro con una foto mural de cuando era niño (alrededor de tres o cuatro años de edad) pegada a un bastidor que había retirado de una de las paredes de su casa. Le interpreto que me está eligiendo como un nuevo padre (pienso ahora que quizás la persona correcta sería el abuelo) para que guarde su niñez tan feliz, y lo ayude a crecer sanamente, apoyándose en el niño que me ofrece para que yo cuide.

El delirio

Pasaré, bajo este subtítulo, a comunicar uno de los momentos más dramáticos de este tratamiento, que comienza con una situación de difícil comprensión:

En ese tiempo una de las sesiones era matutina, cerca del mediodía. Lo estaba esperando, habían pasado unos quince minutos de la hora de comienzo y no llegaba, no era raro que llegara tarde, así que tomé un libro y comenzaba a leer cuando escuché el timbre.

En la puerta están los padres que entran aterrorizados. Casi no podían contarme lo que había pasado pues sobreponían relatos y demandas.

“Por favor, venga con nosotros...”

Martín había realizado una agitada actuación delirante que desplegó hacia la calle, de tal modo que fue detenido. “Lo fuimos a buscar pero él no quiere venir con nosotros, no sabemos qué hacer.”

En realidad yo tampoco sabía. Pregunté si le habían avisado al psiquiatra tratante, me contestaron que no lo habían encontrado, porque estaba viajando. Dije que iría después.

Cuando llegué él estaba charlando con dos policías, éstos se retiraron y pudimos hablar. No era muy coherente su discurso, no podía contarme bien de qué se trataba, sólo le podía entender que el padre lo había querido matar y por eso huyó despavoridamente e hizo lo que hizo.

Luego intenté convencerlo que viniera conmigo, en un principio creyendo que nos dirigiríamos al consultorio respondió que sí, pero cuando vio a su padre que esperaba afuera, se negó rotundamente y se enojó diciéndome que lo había traicionado. Quise continuar hablando con él, se negó y me pidió que me fuera que él se quedaría con los policías que eran amigos suyos.

Los padres llamaron a la emergencia de la institución mutual a la que estaba afiliado y yo me retiré, por supuesto muy estremecido.

Por la tarde me llamó una médica psiquiatra desde la sala de emergencia de esa institución y me pidió que fuera a ver a Martín.

Cuando llego lo encuentro encerrado en una pequeña habitación, no dejaba entrar a nadie, había trancado la puerta con una silla. La doctora se acerca y le dice que estoy yo, Martín abre apenas, entro y comenzamos a hablar.

Allí me cuenta: la noche anterior había recibido señas de que Dios existía (hasta ahora se había declarado ateo), del cielo había caído una serpiente ante la que había quedado paralizado, su padre alertado por él, se levantó molesto, la tomó por la cabeza y la apartó, él se acostó a dormir pero no pudo. La serpiente era al mismo tiempo un

cinturón y el así lo dice, lo sabe, pero de todos modos sigue creyendo, simultáneamente, que era una serpiente y ésta es la creencia más eficaz pues organiza sus actos en torno a ella. Luego por la mañana había entrado al baño adonde tuvo un nuevo diálogo con Dios que le habló y tiñó sus brazos con algo de color verde oscuro. Al salir, el padre lo tomó fuertemente por el cuello, sintió que se ahogaba, entonces reaccionó, lo empujó haciéndolo caer sobre un sillón y comenzó a correr hacia la calle pensando que su padre lo perseguía para matarlo. Cuando corría sentía como que se iba abriendo una membrana que él atravesaba y así podía respirar. Luego se produjo el hecho que promovió su detención, que fue más un acto protector que represor por parte de las policías.

Al final de este encuentro en la salita de emergencia, Martín acepta la indicación de la médica –va a ser trasladado a un sanatorio psiquiátrico– con una condición, que yo lo acompañe, cosa que acepto, me quedo con él en el sanatorio hasta que se duerme como consecuencia de la aplicación de un inyectable.

Durante una semana soy el único autorizado por la profesional tratante para visitarlo, esto me hace sentir extraño, por ese tiempo en que lógicamente él va a estar en una situación de desamparo fui elegido como único sostén, ¿psíquico? de Martín. Sí, pero también afectivo y “familiar”. Lo visito todos los días y tenemos productivas charlas –sesiones– que duran, por lo general, más de una hora.

En este momento puedo explicarme, como resultado de nuestros encuentros lo que está pasando en la mente de Martín de esta manera: el siente un fuerte sentimiento de culpa por tener miedo, el miedo está dirigido fundamentalmente hacia el resto de los judíos que lo pueden delatar como traidor, es traidor por que no es valiente, por que tiene miedo, miedo a ser asesinado cruelmente. El miedo está, en este momento, centrado en su padre, quien es para su comprensión el judío principal.²⁰ Hasta aquí repite la historia de su abuelo “salvado” de un campo de concentración.

Al mismo tiempo subyacen a estos contenidos otros que podríamos llamar opuestos, o por lo menos contradictorios. El deseó ser nazi (quedarse pelado –“a mí nadie me preguntó si yo quería que me cortaran el pito” “yo hubiera querido no ser judío, nadie me preguntó si yo quería”– le hubiera hecho parecerse a un nazi) como el salvador del abuelo, quien posiblemente también se llamó Martín. En determinado momento dice: “en definitiva el holocausto fue una cuestión de equilibrio ecológico, fíjate cuantos

²⁰. También sostiene, como veremos enseguida, que el padre es nazi, por lo tanto representaría al terrible “salvador” de su abuelo.

judíos seríamos hoy si hubieran vivido aquellos seis millones”. También, como sostiene que su padre es nazi, tan malvado como Hitler, él sería el hijo de un nazi.

Creo que el enfrentamiento con los padres fracturó la débil nueva estructura que iba naciendo y se debió refugiarse en las viejas identificaciones, punto obligado por su historia y porque sus padres, inconscientemente, lo prefieren ahí, así lo controlan mejor, a él y al abuelo reeditado. Esta fractura termina de producirse en el violento choque corporal que tiene con su padre, momento excesivamente traumático para Martín, que lo siente como una ejecución mortal. En este instante advierte que está ante un padre terrible que nunca lo reconoció para ayudarlo a crecer y que al “quererlo matar” lo está condenando a hacerse cargo de nuevo de la culpa y por tanto del miedo.

Como forma de escapar a estas tramas delirantes que lo torturan recurre a otras identificaciones, éstas grandiosas. El es Moisés (su nombre judío) el que recibió la palabra de Dios –interpretación del episodio que desembocó en la internación– escapó a una muerte segura. Pero además y por cercanía homofónica, es el Mesías (Moisés-Mesías). Este otro contenido delirante, más escondido, en un segundo plano que va apareciendo ahora en el curso de estas sesiones hospitalarias, le resulta por un lado aliviador, lo defiende de su destino como traidor, pero inmediatamente lo va a introducir en otra trama delirante que vuelve a presentarse como persecutoria y amenazante.

Deberíamos pensar que en la medida que su nombre fue puesto por el abuelo, quien cuando Martín nace dice que tiene alguien que lo continuará, es el preferido de Don José, el “elegido”. Pero... ¿quién lo elige?, tísú abuelo? ¿Este y la madre produciendo un hijo incestuoso? También podemos sospechar que es supuestamente el elegido, desde hace mucho tiempo, por la relación que el abuelo y el nazi sostuvieron, este salvó a aquel, lo eligió estableciendo una relación ineludiblemente libidinal, permitiendo así que esta familia llegara a constituirse.²¹ Años después aquél le pone el nombre al niño: Martín, y aquí otra vez faltan palabras, pero una de las versiones imaginarias es que el nombre es el del “salvador” y a la vez representante de los asesinos genocidas.

Entonces de acuerdo a esta nueva red, es el elegido y el salvador, es entonces el Mesías. Pero si Martín es el Mesías es Jesús, éste es al mismo tiempo un niño (recordemos que él recuerda su infancia como un tiempo muy feliz) y un condenado a muerte, judío y cristiano a la vez pero que va a morir inexorablemente por que así lo dice la historia. Esta otra identificación alienante de Martín debe ser guardada fuertemente en secreto, por eso todas las referencias al fenómeno climático de El Niño,

²¹. Aporte de José E. De Los Santos.

que en ese momento estaba en pleno desarrollo, son tomadas por Martín como alusiones a él, entonces la palabra niño no debe ser pronunciada nunca, podría delatarlo y terminaría muriendo asesinado.

Sus encuentros con Dios en el momento del estallido delirante son entendidos ahora así: él fue elegido como Mesías, por tanto está destinado a morir en cuanto esto se sepa. Es necesario callar, todo aquel que hable y lo señale, lo está delatando y así lo entregará a los enemigos.

Todo esto es vivido con gran sentimiento de culpa como el resto de su drama. Y con la culpa por el miedo.

Textos consultados

Baranes, J. J. Devenir sí-mismo: avalares y estatuto de lo transgeneracional. En: Transmisión de la vida psíquica entre generaciones. Kaës, Faimberg, Enríquez, Baranes. Bs. As. Amorrortu Editores, 1996.

De las Casas, F. Bartolomé, Brevísima relación de la destrucción de las Indias, Bs. As. Eudeba, 1966.

El Mundo de Ana Frank. Ámsterdam, Fundación Anne Frank, 1991.

Faimberg, H: El telescopaje (encaje) de las generaciones. (Acerca de la genealogía de Ciertas identificaciones).

Faimberg, H: A la escucha del telescopaje de las generaciones: pertinencia psicoanalítica del concepto. En: En: Transmisión de la vida psíquica entre generaciones, Kaës, Faimberg, Enríquez, Baranes. Bs. As. Amorrortu Editores, 1996.

Gomel, S.: Transmisión generacional, familia y subjetividad., Bs. As. Lugar Editorial 1997.

Leventhal, R.S.: The nazi genocide of the jews, 1933-45: A brief introduction to the Holocaust. Internet.

Mannoni, O.: La otra escena, claves de lo imaginario. Amorrortu Editores, Bs. As. 1979.

Pérez Aguirre: La salvación viene de los judíos, en Brecha del viernes 3/4/98.

Rosolato, G.: Le desir et la perversion , Paris, Ed. De Seuil, 1990.

Sapriza, S.: Lo transgeneracional y las identificaciones alienantes. RUP N° 77, Otoño 1993.

Sofsky, W: Diálogo. Violencia, Terror y Persecución. En Revista de la I.P.A. Vol. 8 N° 1, 1999.

Woller, H.: El holocausto y los alemanes. Reflexiones acerca del libro “Los verdugos Voluntarios de Hitler” de Daniel Jonah Goldhagen. Conferencia pronunciada en el marco del coloquio Memoria Social: Comunidades y Fragmentaciones, que tuvo lugar en Montevideo del 12 al 14 de noviembre de 1998.